



LOCADIO Y LA LUZ MALA (1)

Juan Capagorry (2)

Silvestre sabe, Marcilia sabe, el Nene, la Vieja Chica, el Mono Jacinto; todos ellos saben, y si a veces lo olvidan ahí están las taperas de lo que fue la casa de Locadio Fuentes.

Aquí nadie sale de noche. Al oscurecer, el pueblito se apaga y queda como un fogón apagado. Escarbando en la ceniza caliente queda aún alguna brasita viva: el llanto de un niño, el guitarrear del Mono Jacinto, la tos del viejo Asención Suárez.

De noche nadie sale solo. Locadio sí, siempre andaba solo por las noches. Hasta que le empezó a aparecer la Luz Mala. A partir de ahí empezó a necesitar que alguien lo acompañara.

Lo veían pasar con su mujer y los vecinos -que sabían lo que ocurría- lo miraban con lástima. Una lástima que asomaba en el trato. El lo notaba. Por eso un día, después de muchas vergonzosas tentativas, se largó al almacén. Solo. Y no le pasó nada.

Volvió a ser el de antes, a cruzar por las noches detrás de un silvido, a caminar por la costa; volvió al Tacuari y al Don Guillermo -restos de barcos naufragados- y ya nadie se asustaba de la luz que se veía entre los restos de esas naves. Era él, Locadio, el que andaba ahí. Decía que en los buques había vivido más gente que toda la del pueblito junto, que ahí quedaba vida. La vida se apaga por un tiempo -pero vuelve, es como el viento. Eso decía, y agregaba que él había sentido -clarito- música, risas, vida, dentro de esas chatarras medio hundidas. Los otros se reían, lo tomaban a broma y él no insistía.

Tiene cada cosas este Locadio.

Ese es él; va silbándole a los perros, les grita sus nombres y ellos le salen al camino. El levanta su silbido -poderoso y brillante- porque le gusta que los que duermen o están adentro sientan que fuera de ellos queda vida en la noche. Va esquivando los sapos inmensos que se echan al camino. Se tira al suelo y le hace gambetas a la luz del faro que quiere alcanzarlo y tocarlo con su mano. El va palmeando vacas y caballos sueltos en el camino que se están quietos y como pensativos en la noche. Les inventa nombres. Se ríe de cosas que recuerda y que, como va bastante borracho, se le amontonan. Se ríe de lo que le pasó al Mono Jacinto cuando agarró por entre los médanos

para ir a un balle en el Club de la Barra. Como había viento se dio vuelta para prender el cigarro -restalla en la noche su risa-, y después de darse vuelta siguió caminando en ese sentido hasta que llegó a la porterita que tiene que abrir cuando va hacia su rancho. Doblado de risa en la noche, Locadio hace lo mismo ahora. ("¿No volveré al almacén?") y al darse vuelta protegiendo el fósforo en el hueco de la mano prende el pucho. Y la ve.

Tal vez hace rato que lo sigue. Siente cierta vergüenza por venir así, riéndose solo. La Luz Mala corre y se pierde entre los médanos, por allá se detiene y se queda, como mirándolo. A él se le entreveran recuerdos que llegan, los vive de nuevo. Ve a la Luz cuando él era niño y ella jugaba encima de las pajas y de pronto eran como cachorritos que jugaban y saltaban encima de los pajonales.

Y pasaron los años y, a eso, él lo hundió con ese tiempo (con esos miedos de niño solo) pero ahora ella estaba ahí, de nuevo. El siente que no puede entender -está ahí, clavado en el camino, esperando verla surgir de nuevo y que se acerque y se aleje y lo haga buscarla-. Y él, ahora es asafiado por fugaces relámpagos, la muerte de su padre que se moría con los ojos muy abiertos, estirando aquella mano que parecía una raíz, para agarrar el brazo florecido de un duraznero que, como el viento, parecía que iba a entrar por la ventana.

Se le acerca ahora un perrito verde, de cristal, que encontró una vez en un lugar del monte donde -él estaba seguro- nadie había entrado antes. Y la vez que en la Quebrada del Indio vio un fueguito azulado que temblaba como un pájaro con frío y que era -para él- un cachorrito de noche que ésta se había olvidado de recoger y que quedó ahí, latiendo, agonizando en medio de la mañana. El lo miró y de pronto quiso protegerlo, pero cuando se acercó lo vio perderse rápidamente.

Vive, está ahora en La Julita cuando los sorprendió el temporal en Las Bocas del Polonio y pensaron que se salían. Ellos entraron a la mar temprano y los retuvo el pique, aunque el tiempo era falso. La mar se encrespó furiosa y andaban en un mundo de olas y espuma. Clemente y Sabino no daban abasto para "achicar" y en el momento más bravo, cuando sintieron que la mar los

(1) - Tomado de Cuentos Criollos del Uruguay. Antología. Ediciones de la Plaza. 3a. Edición.

(2) - Nació en Solís de Matajeo (Lavaljea), el 12 de diciembre de 1934. Allí vivió varios años alternando distintos oficios "con los montes y los arroyos". Fue luego profesor de Literatura, y viviendo en el campo, se desempeñó como peón; más tarde, ya en Minas, trabajó en el matajero. Cuando vino a Montevideo hizo periodismo y cumplió tareas en radio, teatro, lugares nocturnos y televisión. Además, escribió canciones que han sido llevadas al disco, interpretadas por uruguayos y extranjeros; también grabó un disco titulado *Capagorry cuenta a los niños*.

Obras: *Hombres y Oficios* (cuentos para niños, 1973), *La Visita y nueve cuentos más* (1967), *La Vida Juguele Roto* (poesía, 1978).

Bohemio trashumante, coleccionista de pagos y boliches, fundador de periódicos pueblerinos, peón campesino, profesor de literatura, actor, poeta, narrador, Capagorry es, antes que todo eso, un hombre inteligente y sensible enamorado hasta el fondo del alma de su tierra y sus paisanos. Seguramente que de la confluencia de esas tres vertientes de su ser, nace su vocación arístico-literaria con la veta narrativa en virtud de cuya producción lo estamos considerando. A través de *Hombres y Oficios*, su hermoso primer libro de cuentos (mejor dicho, de relatos para niños,) ya reeditado y vastamente conocido en el ámbito escolar, Capagorry acusa una indisimulada dependencia del irresistible torrente morosoliano. En su también muy meritoria y heterogénea obra inmediata -*La Visita (y nueve cuentos más)*-, se advierte la lucha del autor para

emanciparse de la tutoría del maestro minuano, con una victoria parcial: por mucho que en algunos de estos cuentos y en ciertos pasajes de otros, logre la liberación que busca, en el resto de estos últimos, por aquí y por allá salta a la vista el más puro morosolismo, a través de sus distintas vías de penetración: temas, personajes, diálogos, estilo. La última producción narrativa de Capagorry, integrada por varios cuentos, todos inéditos menos uno (*Bamos*) que fue incorporado a la reciente *Antología de la Narrativa Infantil Uruguaya* de José María Obaldía y Luis Neira, si bien en general se ajusta a las coordenadas dentro de las cuales hemos incluido su precitado último libro, contiene algunas piezas que, pese a su brevedad, son capaces de cautivar a un lector exigente y de resistir un severo enjuiciamiento crítico. Estamos pues ante un escritor de promisorio futuro narrativo, dados sus atributos y su juventud.

Muchos hemos vacilado antes de elegir el cuento de Capagorry para esta Antología. Si hemos seleccionado *Locadio y la Luz Mala* (inédito), no ha sido sin lamentar que en su sitio no estén, por ejemplo, relatos como *Chacareros*, *Monteador*, *El Herrero*, *El Bostero*, del libro *Hombres y Oficios*; o cuentos como *Recuerdate Amelia*, *El Canaao*, *La Noche*, del libro *La Visita (y nueve cuentos más)*; o como *El Negro Lion*, *El Turquito Aviator*, *Barrios*, etc., del conjunto de piezas inéditas. Ocurre que el elogio reúne tres condiciones muy importantes: 1) es uno de los no muchos cuentos propiamente dichos, que entre una gran mayoría de relatos y simples bocetos, integran la producción narrativa de Capagorry; 2) forma parte del conjunto de composiciones en prosa de dicho autor, que mejor ejemplifican la lucha de éste por trazar su propia huella; 3) es uno de los no abundantes ejemplos que ilustran la presencia de la literatura de costa, en el contexto de la narrativa criollista nacional.

arrastraría con ella, Locadio se encontró gritando: "¡Vamos, carajo!" y se afirmaba en los remos y en un ritmo iban los tres remando -y achicando- achicando-y-remando y alcanzaron a ver El Islote y Locadio supo que ese grito -que quién sabe de dónde sacó- los había salvado.

Sabino y Clemente habrán sentido algo parecido, porque cuando se encuentra con cualquiera de ellos el saludo es un grito: "¡Vamos carajo!"

Ahora él es como La Julita en la mar, sus recuerdos lo asaltan como grandes olas que arrancaran de adentro, de lo más profundo; siente que ha sido feliz muchas veces, tiene deseos urgentes (desesperados casi): cómo querría en este momento acariciar la cabecita de un niño, irse de este mundo con esa tibieza. Se le aparece clara la sensación de su mano arrancando fruta -vive la alegría del árbol en entregar-, piensa que su gesto de tomar la fruta es por no sentir sufrir al árbol que espera esa mano, ese calor humano donde la deja caer, con toda su alegría de ser vivo, encajado en la tierra, buscando el cielo.

Comprendió lo que un día le dijo su padre: "A la mar hay que respetarla". Recuerda al Felpa, que le tenía rabia a los turistas y que un día, cuando lo vio nadando, le dijo enojado: "La mar es para trabajar, no para andar de juguete".

De cuántas cosas se acordaba ahora. El, Locadio antes. Cuánto supo en este momento de la noche, en que "un destino" lo iba a arrancar de esta vida.

Supo que iba a incendiar la casa. Su casa. Este pensamiento se había clavado en él cuando vio la Luz. Este pensamiento, lo supo, había andado en otros hombres y ahora se encajaba en él para que con el fuego se librasen muchas cosas entre las llamas. Que ellas limpiaran todo. Todo.

"Pobre hombre, pobre Locadio, válgame Dios, decía y repetía, monocorde, la Vieja Chica. Lo decía con el aire de un rezo. Apretaba sus manos como si tuviera un crucifijo. Y se metía ella también en ese rezo.

"Pobre Locadio", y los hombres corrían hacia la casa en llamas donde el viento inventaba caminos que en seguida borraba. Caminos por donde el fuego corría como un caballo desbocado y no dejaba avanzar a los hombres que gritaban:

-Locadio -Locadio -Locadiooooooooooooo

Y en ese momento entre el grito de los hombres brotó un viento, como una ola inmensa o como un pescado que volviera a su elemento y, desde el fondo, como si emergiera con nuevas fuerzas tiró la mar hacia la orilla, levantó grandes cantidades de agua que chicotearon los ranchos -donde ya ardían velas y se apuraban rezos-, y después salió desde el fondo y pareció que iba a tirarse contra los pobres ranchos de los pescadores. No pasó eso. El viento corrió de nuevo, se encajó en la casa de Locadio como buscando algo olvidado y en seguida se elevó, siguió por los médanos y se perdió, oscuro y deforme en el horizonte.

"Válgame Dios", decía la Vieja Chica y miraba hacia la casa de Locadio que todavía ardía. El humo tenía olor a árbol, a monte quemado. Nos borraba la mar y nos invadía los ranchos.

Silvestre sabe, Marcilia sabe, el Nene, el Mono Jacinto. Todos ellos le temen cuando aparece y vaga sola por los médanos. Algunos como Perico, creen que es un alma en pena. La Vieja Chica -que según opinan muchos chochea y está medio loca- dice que ella busca una compañía humana, la que no tuvo en vida, y que como fracasa se entierra por los tiempos -que en nosotros pueden ser muchos años, siglos, y nada en la vida de una Luz Mala en su noche eterna-; por eso vaga sola, mirando desde lejos el vivir de los hombres. Y se acercó a un hombre, creyendo -la pobre- que podría entenderla. Pero no, no la comprendió siendo niño y le temió siendo hombre. "Pobre Locadio, pobre hombre, válgame Dios", dejó dicho la Vieja Chica y la vimos irse, lenta, de negro y chiquita por el camino que se pierde en los médanos.